

Prometimos no llorar

Taller de escritura creativa: melodrama

Tristán Madrid

Prometimos no llorar

Taller de escritura creativa: melodrama

© Christian Muñoz
Santiago de Chile, 2021.
Todos los derechos reservados.

El melodrama es la expresión frenética y a fin de cuentas divertida de una necesidad: el espectador quiere hallar en su vida el argumento teatralizable o filmable o radionovelable o telenovelable cuya mayor virtud es la garantía de un público muy fiel, él mismo.

Carlos Monsiváis

Presentación del taller

El taller mantuvo un carácter teórico-práctico. Cada participante realizó un montaje escrito, los cuales se recopilaron en una muestra a publicar, mediante el formato e-book. Dicho taller se realizó bajo una modalidad híbrida, de 3 días de clases a la semana, en las cuales se abordó, inicialmente, la teoría que respecta a técnicas literarias, recursos de narración, caracterización de los subgéneros literarios en los que se enfoca la escritura y, posteriormente, ejemplificaciones; todo, enmarcado en un contexto melodramático, como proceso de escritura, también del propio autor y expositor, Tristán Madrid.

El taller estuvo dirigido a personas desde los 15 años en adelante, sin un límite de edad. El máximo de participantes quedó estrictamente supeditado a la situación sanitaria y fase en la que se encontraba la comuna de Lo Espejo.

Vivir o morir: la antítesis de quién soy

Claudia Alfaro

Por mi cariño, que aún no ha muerto...

Ese día, antes de la hora impune, pasé por fuera del almacén *Don Atilio*, llamado así porque la Sra. Julia o la Julita, como en la villa le decimos, decidió que el mejor modo de hacerle honor a quien fuera su eterno amor era llamarle de esa forma para que nadie olvidara en el barrio su mirada de luna que a diario propagaba. La Julita cantaba, o intentaba cantar, cual pavo de corral ajeno, una suerte de canción que hasta el momento solo generaba en mí la burla constante frente al escenario que veía enmarcado en esos pequeños segundos. Uno en donde una Julita de otro tiempo cortaba láminas de queso tan finas como la delicada brecha entre mi amor y el tuyo, pero con tanta seguridad como aquel beso también

nuestro. Tu beso que inundó mi ser de candor, esperanza y fe. Fue ahí, donde escuché por vez primera *Cariño malo*, esa letra de la que tiempo después, comprendería su significado, como si el cantar de la Julita no fuese azaroso, sino que una suerte de premonición.

Se fue dijo Laura, no te vayas digo yo

Cariño malo, esas fueron las últimas palabras que ocupaste para referirte a mi querer. Dijiste que no sabía amar, que no entendía el significado de un beso, un abrazo, un “te quiero” y, menos aún, un “te amo”. Mientras tanto, mi corazón se paralizaba y mi alma se partía en dos, porque entendía que parte de ella se iría contigo, dejándome el lamento constante, por el dolor que conllevaba la situación.

Quise llegar, te juro que quise hacerlo, mas la vida me ha hecho ser quien soy. Y no te culpo. En realidad, me culpo por no saber sobrellevar el amor que nos teníamos.

Pero aquí me tienes, herido porque te herí, destruido porque te destruí y ausente porque ya no estás.

PD: Sé que me estás leyendo, y así como por mi rostro caen lágrimas desoladoras, en tu pecho corre la sangre viva de esa pasión y dulzura que envolvía tu ser. Entonces te ruego me perdones y devuelvas a la vida con un “sí”.

¿Podrás hacerlo?

Me cuesta tanto olvidar(te)

¿Qué si puedo hacerlo? Pero si me cuesta tanto olvidarte, imagina lo que significaría perdonarte. El perdón lo entrega Dios y yo soy solo una mera mortal, quien llora y sufre por haber perdido al mismo que la hizo amar lo que siempre negó.

Mis ojos sufren ese adiós eterno, eterno como prometimos que sería lo nuestro y doloroso como tu primera y última partida de aquel día.

Te lloré incesantemente en la espera, ahí frente a quien prometeríamos amarnos hasta la muerte, muerte que hoy arremete mi corazón y te llora como alma en pena.

Me rompiste, me destrozaste, me partiste en dos. Mas en la soledad de mi penumbra le pido a Dios y a la Virgen que como cual madre, sea ella quien te perdone y libere del criminal accionar de un amor que pareció ser verdadero, pero que hoy es falsedad.

Vivo en la mente y en el alma

Hasta que me olvides, voy amarte tanto, tanto... eso era lo que musitaban el día de la hora impune y mientras cortaba las láminas de queso, detenía mi mirada en los labios de ambos para lograr comprender lo que se decían. La verdad es no fue caótico, ya que con tantos años que llevo al hombro este almacén, se me hace fácil saber de la vida de uno que otro vecino. Sin embargo, esta situación llegó a mi corazón, tal como el día en que Atilio me abandonó y no por voluntad propia, sino porque

yo insistí, de manera que dejara de padecer la agonía del alma.

María Lorenza creo que la llaman, y es que cuando la vi comprendí que algo no iba bien y me desoló el solo hecho de pensar que él, aquel hombre que meses antes la venía a ver, había sido capaz de traicionar su corazón, dejándola a la deriva, solitaria y humillada.

Y fue tanto lo que sufrió que mi pecho de manera innata comenzó a sentir el mismo dolor que sus ojos reflejaban aquel día, un pesar que agobió mi espíritu y paralizó mi ser. Entonces me pregunté, ¿por qué las almas benevolentes debemos sufrir hasta el punto de desangrarnos de desconsuelo? Quise responder, mas en ese instante recordé la cara de mi Atilio y reviví en carne propia el tormento de la vida.

Soy lo que fuimos

Hace casi seis años prometimos amarnos, respetarnos y sernos fiel durante el transcurso de nuestra relación. Hoy, vuelvo a prometerte lo mismo, pero con la idea de que tú, mi camarada intelectual, seas mi compañero para toda la vida. No obstante, habrá un momento en que físicamente ya no estaremos juntos, mas, será ahí donde los recuerdos intentarán llenar el

vacío que dejarás. Tu felicidad siempre será la mía. Te amo.

Esos fueron los votos y sueños que deseaba para nuestra vida en conjunto, unida a ti por el amor y la voluntad de Dios, pero decidiste tomar un camino diferente. Y digo que fue distinto, porque en vez de seguir ese sendero tomado de mi mano, pensaste en también hacerlo tomado de su mano.

Quisiera pensar que todo fue una pesadilla que atormenta día y noche mi cabeza con el fatídico momento de la espera, aquella que no agotó el tiempo y que, por el contrario, duró la eternidad, la misma que anhelaba para nuestro amor.

Hoy el dolor se vuelve puro y agobiante. Quisiera olvidarte, pero en cada paso que doy aparece una parte de tu ser que llena el mío y entonces mi cuerpo cae derrotado sin que mi propia alma sea capaz de levantarlo.

Me pides que te perdone, que te devuelva a la vida, y el problema es cómo yo vuelvo a la mía si me quitaste las ganas de vivir.

Hoy comprendo que el azar no existe y que soy la premonición del cántico inmaculado de aquella tarde, tal como el que maúlla esta noche bajo la lluvia, porque sí, soy la Gata, esa Gata.

Alexander Plaza

I

Vacío. Vacío era lo que mi alma sentía cuando veía cómo te masacraban a golpes, Marta. ¡Oh, mi querida Marta! Eras tan bella como una rosa, igual de frágil como una de ellas, obligada a llenarte de espinas. Tú ropa toda sucia y tus mejillas rojas por los golpes que te daba tu padre.

Y yo estoy aquí, mi querida Marta, sanando los golpes de tu alcohólico padre y de tu hiriente madre, la misma que se encargaba de insultar tu figura tratándote de zorra o de puta, por solo usar algo de su maquillaje.

Qué daría para que estuvieses solo en mis brazos y librarte del mal de esos dos monstruos que te acechan. Mi querida niña, te tocó la desdicha de venir a un mundo malvado donde la dulzura e inocencia que tú contienes es aplastada por gente herida, gente dañada, gente que nunca recibió una pizca de amor. Pero no debes preocuparte, no serás como ellos, yo me encargaré de que nunca seas como esos aberrantes monstruos. Te daré toda la dulzura y afecto que necesitas.

Hoy llegaste de tu escuela, esa escuela que cuesta dos salarios míos y donde tus padres te sobreexigen a diario; la misma en la que si no sacas un sobresaliente en el examen se dedican a golpearte con la reglilla de metal.

Obligada, debo ver la catastrófica escena en la cual te dañan mientras ruegas clemencia, mi pobre y delicada Marta, siempre es lo mismo. Luego del crimen cometido tus padres se retiran, me acerco con cuidado y con un paño que guardo en mi delantal, me dedico a con delicadeza limpiar tu herida.

Es mucho sufrimiento para ti.

II

Hoy has llegado de la escuela con una cara más triste de lo usual. Esta vez ni si quiera te esforzaste en saludarme y cuando escucho un portazo con preocupación y sigilo decido seguir tu rastro de tristeza que me dirige a tu cuarto. Me quedé unos segundos parada enfrente de la puerta, esperando algo de tu parte. Enfoqué toda mi atención, hasta que de pronto empecé a escuchar unos leves sollozos ahogados. Con cuidado toque la puerta, en ese momento los sollozos se detuvieron y pude notar cómo abrías la puerta.

-Señorita Marta ¿Sucedio algo? -Pregunté, manteniendo un tono sereno para ver si te lograbas abrir conmigo.

-No ha sucedido nada, puedes retirarte
-Pronunciaste, secamente, con esos ojos que rogaban mi ayuda.

-Mi pequeña princesita -Musité, para luego dar un paso hacia ti.

No reaccionas, solo das un paso hacia atrás, atemorizada. Continúo mis pasos hasta abrazarte. Estás temblando y solo atino a acariciar tu cabecita. Mi dulce niña, ¿qué te han hecho para que demuestres el dolor que tu alma siente? Entre tus sollozos logro escuchar que musitas repetidas veces: 'Yo no quería hacerlo', mientras te escondes en mi pecho.

-¿Que has hecho, mi querida Marta? -Con suavidad pronuncio, mientras trato de consolar tu figura.

-He hecho algo imperdonable, algo que mis padres, cuando se enteren, me azotarán hasta matarme...Por favor diles que yo no quería -Suplicabas arrepentida.

-Pero ¿qué hiciste, mi niña? -Mi tono estaba perdiendo un poco de calma. Mi preocupación cada vez era más visible. Con solo pensar que podrían azotar a Marta, mi mente lograba ponerse intranquila.

-Le mostré mis vendajes a una compañera y ella...

Mi querida Marta no alcanzó a terminar su oración cuando escuché el alarido de su madre. Venía del piso inferior y se avecinaba amenazante. Luego de eso mi mente solo me permite recordar solo dos pequeñas cosas: cómo la madre de Marta llegó furiosa para quitarla de mis brazos y los gritos desgarradores de ella. Es como si mi mente

borrara lo que sucedió después, aunque mi mente se ha acostumbrado, se sintió completamente distinto, inclusive algo se rompió dentro de mí.

Discúlpame, Marta.

III

Si alguna vez me llegan a preguntar qué es lo último que supe de mi querida Marta, fue una mañana en la cual yo de costumbre me encontraba parada, esperando la mínima orden para complacer en su desayuno a sus padres. Su monstruosa madre se encontraba tomando un café negro y con su mano libre se fumaba un cigarrillo, mientras que por otra parte su padre devoraba un panquesillo recién horneado. Sus caras completamente serias demostraban lo incomunicados que ambos andaban.

-La mocosa se ha demorado bastante en bajar, ¿acaso se le olvida que debe comer con la familia?
-Exclamó su padre molesto-. ¡Mujer, ve a buscar a la niña!

-¿Yo? ¡Si para eso está la criada! ¡Hey, tú! Sirve para algo útil y ve a buscar a la niña.

Sus padres ni si quieren tratan de ocultar lo monstruosos que son. Callada, me dirijo al cuarto de mi pequeña princesita que queda en el segundo piso y toco su puerta, llamándola por su nombre. ¡Marta! No pasa nada. ¡Marta! Vuelvo a tocar y no recibo ninguna respuesta. Tengo un pésimo presentimiento. Intento abrir la puerta: ‘Señorita Marta, por favor abra’. No recibo respuestas del otro lado, además que esta puerta estaba cerrada. Rápidamente, bajo en busca de las llaves de cada habitación. la monstruosa señora solo me dice ‘¿Qué haces criada rara?’. Pero la ignoro y continúo subiendo con la llave del cuarto de mi querida niña. Abro la puerta y me siento nerviosa de lo que podría encontrar.

Lo que vi detrás de esa puerta me dejo helada. Era mi Marta, pero...

Lo siento, necesito una pausa para seguir. Solo pensar en ello hace que me duela todo. Mi Marta llevaba su lindo vestido de primera comunión, pero este estaba manchado de su sangre. A paso lento llegué hasta su cuerpo y noté que el tinte de su vestido fue realizado por el corte de sus muñecas, esas mismas muñecas las cuales estaban con cicatrices de la reglilla de metal... “Mi amada niña, ¿por qué hiciste esto?” Mi rostro se llenó de lágrimas. “¿Por qué tu? Prometí ayudarte y permitirte salir de esta miseria”. Abracé el cadáver de mi querida niña con todas mis fuerzas.

-Marta...Por favorm Marta, no me dejes... ¿Por qué decides marchitarte siendo tan joven? ¿Por qué te tintas de este color?

Mi rostro se llenó de lágrimas, mientras sentía que algo dentro de mí se rompía, causando que sollozara. Sus padres llegaron luego de escuchar mis fuertes sollozos y atinaron a llorar como yo.

Vacío. Vacío era lo que mi alma sentía cuando te vi helada esa mañana, Marta. ¡Oh, mi querida Marta! Eras tan bella como una rosa, igual de frágil como una de ellas, obligada trataste de no llenarte de espinas. Tú ropa toda sucia por tu sangre, y tus mejillas pálidas por la falta de vida de tu pequeño cuerpo.

Al final tus espinas sí fueron útiles, lograste lastimar a tus padres, y a mí. Espero que algún día me perdones, mi pequeña Marta.

Joven Noche

Se encontraba descansando en mi regazo mientras de vez en cuando le acariciaba su cabeza. Nunca pensé que podríamos estar juntas y menos en un ambiente tan sereno como podía ser el prado de mi abuelo. La luz de la luna nos sonreía mientras la linda melodía de los grillos acompañaba la situación.

Es tan lindo y a la vez tan melancólico saber que este amor solo será de una noche, una noche donde podrá ser mía, donde podremos dejar de fingir lo que en realidad sentimos por la otra. Ella me mira con sus lindos ojos mientras toma mi mano para dirigirla a su rostro. Entonces acaricio suavemente su mejilla, mientras ella parece disfrutarlo.

Recuerdo todo como si fuese ayer...

Me encontraba comprometida con tu hermano menor, nuestros padres habían acordado una boda para juntar nuestras tierras. Cuando te vi llegar, te veías cálida, pura y, lo más importante de todo, segura de ti misma. Te solía mirar de reojo esperando que no te dieras cuenta, pero cada vez que lo hacía me respondías con tu dulce sonrisa. Esa linda sonrisa que me hacía prisionera de ti. Pero lastimosamente, las instancias juntas no eran muchas, ya que siempre estaba alguno de nuestros padres o tu hermano que trataba a toda costa cortejarme. Aun así, esos segundos, o mejor dicho esos pequeños

momentos, eran mágicos. Recuerdo una noche con una lluvia feroz, acompañada de truenos. Tú fuiste a mi cuarto asustada buscando consuelo y yo nerviosa te invite a mi cama, estabas temblando. Se notaba que te atemorizaban demasiado esos sonidos. Con mis brazos rodee tu cintura, abrazándote mientras desde mis labios decía : “todo estará bien”. Tú te calmaste y me sonreíste con esa dulce sonrisa que me atrapaba. En ese momento, sentí una conexión; me hervía la piel y tú te acercabas cada vez más a mis labios. Estábamos tan cerca, que logramos darnos nuestro primer beso. Fue corto, pero mágico. Enseguida, escondiste tu rostro en mi pecho y mis mejillas se quemaban por aquel beso. Mi corazón palpitaba a mil por hora. En mi mente solo pasaba la idea de protegerte y no dejar que nadie te dañara. Si tenía que dar mi vida por estar un segundo más a tu lado, lo valdría a toda costa. Luego de eso te abracé con algo de fuerza, apegándote a mi pecho y oliendo tu delicioso y femenino aroma. Sin darnos cuenta, ya era de mañana y el mandato de la lluvia y los truenos había desaparecido completamente. Decidiste salir de mi cama y antes de irte te despediste con esa dulce sonrisa tuya.

En todo ese día sentí tus ojos mirándome, observándome, estabas decidida a que yo fuera tuya y te daba igual si yo estaba comprometida o no. Creo que en ese momento empezó nuestro amor. Y qué lástima que esta noche sea el fin de nuestro secreto y lindo amor.

Una visita esperada

Las manos suavemente acariciaban lo que solía ser un antiguo cuadro con una foto. Su marco era de una madera barnizada. Algunos creerían que solo era un antiguo vejestorio, pero para él era un bello recuerdo de lo que antes solía ser su vida. De pronto el rechinido suave de una de las tarimas causó que el hombre de tercera edad que se encontraba acariciando suavemente el cuadro se volteara de una manera un poco brusca. De inmediato dirigió sus pasos hacia la puerta principal de su casa. Cuando estaba en ello escuchó cómo tocaban la puerta insistentemente. Al llegar hacia la puerta se dispuso a abrirla y, para su sorpresa, se encontró con un hombre alto, joven, muy anémico, haciendo que las cuencas de sus ojos se vieran más grandes. Un bigote largo y con un vestuario que pareciese venir de algún velorio. Él hombre le dijo al más anciano:

-Oh, amigo mío, ¿le molesta si entro?

El hombre de tercera edad, con un ademán, lo invitó a pasar, para luego sentarse en uno de los sillones de la sala de estar. El hombre alto hizo lo mismo, sentándose en uno que se encontraba enfrente del hombre de tercera edad.

-¿Te arrepientes de algo en tu vida? -Pronunció el más joven, mirándolo a los ojos.

-Sí, me arrepiento de quedarme viendo la televisión antes de pasar tiempo con los que más quería, de no preocuparme lo suficiente cuando debía.

El anciano, al pronunciar estas palabras, sintió un pequeño dolor en el pecho.

-Ya veo. Y si alguien te diera una oportunidad para volver a estar con ellos... ¿la aprovecharías? -Preguntó el joven.

-¡Claro que sí! -Exclamó el anciano.

-Bueno, entonces ya está hecho. -Dijo el joven, mientras se paraba para dirigirse a la salida.

Al rato, aquel anciano despertó. pero... él ya no era un anciano, era un hombre joven que se encontraba viendo la televisión. Inmediatamente, este se puso de pie y vio como todos los que estaban en aquel cuadro le miraban con una sonrisa de oreja a oreja. Sonrió, lloró y pidió perdón, pero más sabia que solo era una ilusión.

Nataly Fernández

I

De pronto me acerqué para cambiar el esquema Mi intención fue siempre ayudarlo, quizá comprenderlo. Éramos completamente opuestos. Unos años me aventajaban en desafíos y aventuras, mientras tu vivías un proceso más duro. Me sentía comprendida y es que quizá por tu forma de ser, tu madurez temprana, nos comprendíamos con tan solo mirar que pensaba el otro.

Recogía su cabello cada vez que podía u ordenaba su ropa para asegurarme de que se viera apuesto. Él me

observaba en silencio o de vez en cuando comentaba algo de su vida.

II

En más de una oportunidad rozamos las manos o nos encontramos con la mirada, quizá lo buscábamos o de cierta manera lo deseábamos. Pero de inmediato buscábamos una excusa para que se diera otra situación que nos sacara de ese momento.

En más de una oportunidad nos acercamos, buscando refugio en las palabras del otro, contención o comprensión, tal vez. A veces solo el hecho de que queríamos sentirnos escuchados eran razones inmediatas para congeniar en una conversación. Y siempre me repetí que mi intención era de un comienzo solo querer ayudarlo. Divaga en mi cabeza la posibilidad... es que ya quisiera... es que no... ni soñarlo... es meramente imposible.

III

Al pasar los días y las semanas comienzo a percatarme que ya no era una simple cercanía ni una tierna amistad, que ya no era solo el conversar o buscar refugio en el otro. Y mientras eso sucede mi cabeza, esta me sigue diciendo que es imposible de pasar...

Cuando miro tus ojos me doy cuenta de que nos llenamos del deseo del otro. La densidad de querer concretar una posibilidad y que a veces creemos que es imposible que pase. Es que cada mirada furtiva que das hacia mi dirección cambia mis latidos y mi frecuencia cardiaca aumenta el doble. Me pregunto cómo tanta sensación puede generar que te acerques y te alejes, convirtiéndote en el ser más desagradable que pude conocer.

IV

A veces tus palabras se hacen todo y a la vez nada, cuando concretamos un montón de ideas que se esfuman una vez que observo cómo te desvaneces en ellas y todo lo que se dijo se pierde como una hoja que cae en un soleado viento de primavera.

Después de tanto esperar mañana es el día en que podré tenerte más cerca. Quizá podré darme el tiempo de acercarme más, acariciarte y ordenar tu cabello. Podré escucharte. Podrás atender mi presencia sin que tengamos que preocuparnos del resto. Espero no caer víctima de las emociones en el afán de la locura de tocar más allá del umbral de lo prohibido.

Felipe Ramírez

Me hundiste en el olvido por creer que a ti no llegarían jamás los años...

Han pasado treinta años y aún me duele el alma recordar nuestros encuentros. Reconozco que tu engaño me desgarró el corazón, dejando expuesto mis sentimientos que no he podido ocultar ni siquiera tapando ese espacio con mis manos. Y es que, aunque trato de

borrarte de mi mente y enterrarte en lo más profundo de mi ser, mantengo ese maldito recuerdo, ese maldito día en que nos conocimos.

Aquella tarde el sol estaba apostado sobre nuestras cabezas. No sé si fue una jugarreta del destino, pero justo era la hora en que salía a caminar con mi perro Lucas. El calor era tan intenso, que hacía imposible ver lo que había al final de ese estrecho callejón que llevaba a la avenida principal.

Mientras avanzaba, logré divisar una silueta. ¿Quién podrá ser a esta hora?, me pregunté. No pasó ni un segundo, cuando me respondí sólo: tiene que ser algún trabajador de mi padre que vuelve de su hora de descanso. Con esa idea y tratando de pensar en una excusa que me podría librar de mis deberes en la casa, seguí avanzando hasta que la silueta se hizo nítida. Para mi sorpresa, el misterioso desconocido no era un trabajador de mi padre, porque ¿cómo podría olvidar a un hombre tan atractivo como él? De solo pensarlo me ruboricé. No sé qué habrá pensado, pero a medida que nuestras miradas se cruzaban, sentí como mi corazón se

aceleraba y el tiempo se detenía. Tengo que haberlo mirado fijamente, porque volteó a mirarme y me respondió con un: “buenas tardes”.

Nunca me había pasado algo similar, menos con otro hombre. Era un calor que emanaba desde mi interior y que me secaba la garganta. Tuve una leve carraspera, pero logré responder a duras penas el saludo: “buenas tardes”. Y para no hacer notar mi nerviosismo, apresuré el paso y bajé la mirada. No quería que notase que en esa fracción de segundos tenía el corazón en las manos, tratando de retenerlo para que no saliera corriendo en su dirección.

Inquieto volé y me perdí en mis pensamientos. Imagínate al hijo del patrón, con estos sentimientos... imposible. Pero la brisa de la tarde me despertó bruscamente y el aire polvoriento me hizo volver a mi realidad. Recuerdo esa tarde cuando salí a caminar, por ese callejón de aquel pueblo olvidado en el tiempo.

No logro acomodar mis sentimientos y el alma se me sigue consumiendo

Desde ese primer encuentro en aquel callejón, nunca más volví a ser el mismo. Algo en mí cambió. Y cómo te lo dije una y otra vez gritándote a la cara, fuiste el culpable de no volver a ser el dueño de mis pensamientos. Desde que comenzaste a trabajar en la cosecha, tenía esa necesidad impetuosa de verte, de mirarte desde lejos. Podía pasar horas así y mientras lo hacía suspiraba con la idea de que me vieras también. Creo que te lo dije cuando me preguntaste cómo lo hacía para pasar desapercibido. ¿No lo recuerdas? Me subía a lo más alto de una higuera, donde me acomodaba con un libro en la mano. Era tan silencioso, que sólo podía escuchar la brisa del viento y mi corazón latiendo por ti.

En aquel lugar, repasé mil veces cómo podría ser nuestra primera conversación sin levantar sospechas, en especial, en mi familia y en el resto de los trabajadores. Esa primera vez tenía que ser perfecta, casual. Quería hablarte, mirarte a los ojos y que nuestra conversación fluyera como la de dos amigos que se juntan después de una extenuante jornada laboral. Me sabía tu nombre, porque se lo había preguntado a mi padre: “papá, así que

tienes un nuevo trabajador. Me lo topé en el callejón cuando venía llegando. ¿Cómo dijiste que se llamaba?”. Desde que me lo dijo, tu nombre dio vueltas en mi cabeza, pero quería escucharlo de tu boca.

De día todo era perfecto, mis pensamientos, mis deseos, mis ganas de tener nuestro primer encuentro. Pero de noche todo era distinto. En mi habitación el remordimiento se apoderaba de mí. Me cuestionaba todo. ¿Por qué tengo estos sentimientos?, ¿por qué me gusta un hombre si no soy un maricón? Cada noche rezaba para librarme de esos pensamientos impuros. Rezaba para que el de arriba, me dejara de castigar, porque no podía ser otra cosa que un castigo por mi mal comportamiento.

Sí, de día todo era distinto. Llegaba del colegio, hacía mis tareas y agarraba cualquier libro, para caminar en dirección a la higuera. Y ese martes no fue la excepción. Salí de mi casa rápido, cabeza agacha y pasos apresurados. No había tiempo que perder. Pero no llevaba ni media cuadra caminando, cuando un fuerte golpe me tumbó al suelo.

-¿Te encuentras bien? Discúlpame, no me fijé que venías caminando tan apresurado. Me dijiste, mientras me tendías tu mano.

-No te preocupes, siempre camino de forma distraída. Te respondí nervioso, mientras estiraba la mía.

-Eres el hijo del patrón. Que gusto conocerte... Me llamo Héctor.

-Igualmente, Francisco... suspiré.

En las cuatro paredes de tu habitación

Al cumplir la mayoría de edad, mi familia organizó una fiesta a lo grande. Como gente de campo, la celebración comenzó desde temprano al interior del galpón. Hasta aquel lugar llegaste con tu sonrisa coqueta y esa margarita que se marcaba en tu mejilla izquierda. Aquel día comimos y tomamos hasta que la tarde se hizo noche. De vez en cuando te miraba de reojo y escuchaba tus carcajadas al compartir con los invitados. Yo quería estar contigo, pero no podía. Solo me conformé con el apretón de manos que me diste al llegar y tus cálidas palabras: “felicidades, hoy te merecer lo mejor”.

La noche avanzó y los invitados se fueron retirando, quedaron solo algunos pocos rematando la fiesta. Los más aventurados permanecieron sentados en unas bancas bebiendo las últimas gotas de vino que había en las botellas. Como estaba cansado, partí rumbo al callejón. Estaba distraído y no noté que ibas marcando mis pasos...

-¿Tan temprano te vas? Preguntaste sonriendo.

-Sí, ya no hay mucho que hacer en el galpón, te respondí bajando la mirada.

-Pero ¿cómo? No, señor, vamos a mi casa y bajamos unas botellas en su honor. Me dijiste con voz firme y segura.

Mis ojos se iluminaron con tal intensidad, que el callejón volvió a aparecer entre nosotros y esa oscura noche volvió a ser día. “¿Debo interpretar esa expresión como un sí?”, me preguntaste, a lo que solo asentí con mi cabeza. Qué te podía decir, si no pude conjugar frase alguna...

Caminamos hasta tu casa. Como buen anfitrión me invitaste a pasar, nos sentamos en un sillón y me ofreciste

una cerveza que sacaste de un pequeño refrigerador. A pesar de ser bastante hablador, esa noche estaba nervioso. Por tu parte, me comentaste lo que hacías antes de llegar al pueblo y tu labor en la cosecha. Reconozco que no te puse atención. Sólo podía mirar tus ojos y recordar aquellas tardes donde, sentado sobre la higuera, pensaba en cómo sería nuestro primer encuentro.

Una cerveza, llevó a la otra y esa a la siguiente, hasta que quedaste en silencio y me miraste fijamente a los ojos. Sin decir palabras te acercaste y tus labios rosaron los míos, mientras que tu mano se acomodaba suavemente sobre mi cara. Cerré los ojos y disfruté el momento. Con cada beso tuyo, sentía como pequeñas lágrimas de felicidad caían por mis mejillas.

Esa noche nuestros cuerpos se fusionaron bajo un cielo que nos miraba discretamente. Una noche donde piel con piel, la intensa luna terminó formando una sola figura bajo tus sábanas. No recuerdo el momento, pero terminamos durmiendo abrazados. En la mañana, el sol golpeó nuestros rostros anunciando que el día había comenzado. Despertamos, nos miramos como un par de

cómplices y reímos a carcajadas, como si fuéramos dos niños que habían hecho una travesura. Me acerqué para darte un beso y nos vestimos.

Desayunamos y sin decir palabras, tuvimos el mismo pensamiento. Aquel día sería el primer encuentro de muchos otros que tendríamos durante aquel año sabático, que había decidido tomar, antes de entrar a la Universidad.

Te hablé sin que me oyeras y toda mi amargura se ahogó dentro de mi

A pesar de hacer volar mis pensamientos y que viajaran lo más lejos posible, sabía que mi ida a Santiago estaba cada vez más próxima. Se terminaban mis últimas vacaciones en el campo y con ello, el estar contigo día a día. A veces me cuestionaba la idea de ir a estudiar Medicina, pero mi padre siempre me decía: “tienes que ser alguien en la vida y ser el orgullo de esta familia” y mi idea de desistir desaparecía.

Pero cada día que pasaba, se me apretaba el corazón y un nudo en la garganta no me dejaba respirar.

Era angustiante, una sensación que me quemaba por dentro.

A mi partida, prometimos volver a vernos y revivir esa pasión que sólo dejábamos fluir, cual ave saliendo de su jaula, dentro de las cuatro paredes de tú habitación. En aquel lugar donde nos amábamos y podíamos ser nosotros mismos... amantes, amigos y cómplices. Pero los estudios provocaron todo lo contrario. Ya no viajaba tan seguido al campo y nuestros encuentros furtivos se fueron apagando.

Las pruebas, los exámenes y las prácticas en los últimos años, hicieron que durante meses no pisara la casa de mis padres. Tampoco en ese tiempo tuvimos comunicación, perdiendo todo contacto. El amor que alguna vez nos profesamos había quedado en el cajón de los recuerdos.

Un día y sin avisarle a nadie, volví para el cumpleaños de mi hermana Catalina. Quería darle una sorpresa a mi familia y en especial a ti. Llegué de improviso a aquel galpón que nos reunió por primera vez. Saludé a mi hermanita cariñosamente, mientras te

buscaba con la mirada. No tardé mucho tiempo en encontrarte. Al verte mi corazón una vez más se paralizó. Pero terminé temblando y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Quería caminar, pero estaba inmóvil. Quería gritarte, pero sentí como los músculos de mi cara se solidificaron, cual piedra del río donde jugaba cuando era niño.

No estabas solo, tenías a una mujer tomada de la mano. Mientras la acariciabas cariñosamente, le dabas un beso apasionado. Te estabas besando con Ana, mi prima.

Mi padre que estaba a mi lado también había visto esa escena que parecía sacada de una película romántica. “Oye si desde que se conocieron, no se han despegado más. Eso parece que va para casorio”, me dijo, mientras sentía como en mi interior mi corazón crujía y se rompía en mil pedazos. Quería gritarte, insultarte y decirte lo que me estaba provocando tu nueva relación. Quería salir corriendo y desaparecer. Me sentía ahogado, me faltaba el aire.

Excusándome que estaba cansado por el largo viaje, partí en dirección a la casa. Mientras caminaba por

aquel polvoriento callejón rompí en llanto. Estaba desconsolado, me dolía el pecho. Al pasar frente a la higuera donde te veía día a día, el interruptor de mis emociones se apagó y un gran vacío apareció en el centro de mi pecho. Así, con cada paso que daba, el amor que alguna vez te tuve lo fui convirtiendo en odio.

Con el tiempo dejé de ir a la casa de mis padres. Ana vivía con ellos y la noticia de su embarazo, sumado a tu compromiso, hizo que me distanciara de mi familia.

No me merezco ser de nadie.

Han pasado treinta años y sin razón alguna vuelvo a pensar en ti. Como si un recuerdo olvidado buscara salir de aquella sólida muralla que construí para mantener mis emociones y volviese a mi memoria para torturarme con tu recuerdo. Con la imagen de aquel hombre que vi una vez en el callejón, con el rostro de mi primer amor. ¿Por qué ahora vuelvo a recordarte? Me respondí sólo: debe ser el cansancio, ya que el turno en la Urgencia del Hospital de Rancagua ha estado más intenso que de costumbre.

No sé, quedé inquieto, tu recuerdo me dejó intranquilo y con un mal sabor en la boca. Algo similar a lo que sucedió la última vez que nos encontramos. En aquella tarde soleada que nos vimos de manera sorpresiva. Como siempre caminaba distraído, cuando me llamaste por mi nombre... “Francisco”. Esa voz tan peculiar, ronca y cautivadora me hizo reaccionar. Verte parado frente a mí me provocó sentimientos encontrados. Mantenías tu cara de chico guapo, aunque tu rostro evidenciaba el paso del tiempo y tus expresiones marcaban los años en que trabajaste bajo el sol. Tus ojos verdes estaban iluminados y algunas canas comenzaban a evidenciarse entre tu pelo castaño.

Nuestro encuentro fue breve, estabas apurado, tu familia te estaba esperando para regresar a casa. Me tendiste tu mano, pero esta vez no te respondí con la mía. Reconozco que tu engaño me desgarró el corazón. Quería gritarte, insultarte y decirte lo que me había provocado tu relación, pero al igual que esa vez en el galpón, las palabras no salieron de mi boca.

Aunque traté de borrarle de mi mente y enterrarle en lo más profundo de mi ser, mis ojos se pusieron vidriosos. No dije nada, solo escuché. Me trataste de explicar tu decisión, te disculpaste, me dijiste que me amas y me pediste perdón, pero no podía seguir escuchando. Con cada palabra, mi corazón se desintegraba. Sentía que tus palabras eran una mano inmensa que me apretaba, con tal intensidad que me hacía perder la respiración. No quise continuar y caminé. Caminé lo más rápido que pude, sin mirar atrás.

El turno en la Urgencia está intenso y vuelvo a pensar en ti. Tengo que terminar mi ronda y estoy desconcentrado. Me queda ver el último paciente, que ni siquiera es mío. Una persona que según mi colega sufrió un grave accidente automovilístico. El fuerte golpe en la cabeza lo mantiene en estado vegetal y se espera desconectarlo durante la mañana, tras la autorización de sus familiares. Lleva meses en aquel estado y no hay nada más que hacer por él. Su historia me entristece. En el cuarto se respira tranquilidad, como la tranquilidad que sentía estando en tu habitación.

¿Qué puedo hacer por ti amigo?, pregunté en voz alta mientras sujetaba su brazo para tomarle la presión. Mientras hacía aquel ejercicio, su marca en el hombro me causó cuidado. Levanté su camisa y mis ojos de desorbitaron. “¡NO!”, grité mientras lo dejaba caer al costado de la cama. No puede estar pasando esto. No puede ser una jugarreta del destino, expresé sin control. Su brazo tenía marcado la inicial “F”, la misma que nos hicimos cuando jóvenes. Cuando en un arranque de locura me tatué tu inicial en mi espalda y tu hiciste lo mismo con el mío en tu brazo. Miré tu rostro y eras tú acostado en esa cama. Eras tú a quien volvía a encontrar después de treinta años. Acaricié tu rostro tibio y acomodé tu pelo cano.

Te miré como aquella vez cuando hicimos el amor por primera vez. Algo en mi interior se desintegró. La muralla que retenía mis emociones cayó al piso. Lloré mientras te acariciaba y sin pensarlo te besé, un beso cálido que en lo más profundo de mi ser anhelaba que te hiciera despertar de ese mal sueño. Te tomé de la mano hasta que la noche se hizo día. Te acompañé, estuve a tu

lado hasta que llegaron mis colegas a hacer su trabajo. Te acompañé hasta que la máquina que te aferraba a esta vida dejó de sonar.

Lloré en silencio mientras te sacaban de la habitación y mientras te conducían hasta tu destino final, recordé esas tardes que te miraba sigiloso desde la higuera y nuestros encuentros en tu habitación. No quiero dejarte partir. No quiero que nos volvamos a separar. No quiero sentir lo mismo por otra persona. Quiero seguir enamorado de ti. Espérame, mi amor, yo también te amo.

Alejandro Rodríguez

**YO QUERÍA CAMBIAR EL MUNDO, PERO EL MUNDO
ES COMO ES**

Fue un momento que quedará cautivo en mi memoria. No creo que la vejez ni los años, menos la enfermedad o los vaivenes de la vida me hagan olvidarlo.

Sentía la brisa marina moviendo mis remolinos, los tibios rayos de sol en mi piel. No creo haber estado más tranquilo en mis recién cumplidos 30 años. Mi liviana polera moviéndose a la par de la tuya me tenían incólume frente a ti en un momento dulce y eterno.

El mar relucía de un celeste brillante y profundo. La costanera de Wellington se presentaba juguetona cuando las risas cotidianas de la gente eran para mis oídos una melodía nueva y excitante. Sólo por un instante me fue imposible imaginar un mundo con guerra y hambruna.

Paz y oxígeno entrando a borbotones a mis pulmones me daban cuenta de que todas esas sensaciones se debían a tu presencia con la cual detuviste nuestro tiempo: tú mirándome fijamente, mientras yo me despedía de esa ciudad y me iba al aeropuerto para quizás nunca más volver.

Fueron años que se convirtieron en días y, contrariamente, días que se convirtieron en años. Mi historia se llenó de nuevos personajes que quedarían en mis sueños, pero ese viernes de principios de abril estabas sólo tú despidiéndome a las soleadas 13 horas de esta especie de realidad paralela.

Realmente no sabía si besarte o decirte algo, como si ese posible último beso o palabra dieran paso a una sentencia de para nunca más sentir semejantes emociones en mi vida. Comenzaría mi destierro de imaginar una vida juntos en nuestras mentes, una bien superior a la de cualquiera de nuestros amigos. Y por el aire sonaba una canción: “Yo quería cambiar el mundo, pero el mundo es como es...”

¿Por qué me costó tanto? Era sólo un beso, uno más de tantos que te di. Besos con sabor a vainilla y fresa, a Latinoamérica, uno con sabor a Chile (mi país de procedencia) y Brasil (el tuyo), como los con sabor al atardecer que se desparramaba por tus brazos grandes, rodeándome frente al mar, sabor a ti abrazándome sin decir nada con la boca, pero declarándome sólo con los ojos.

¿Cómo decirte que te amaba? No podía, porque sabía que eras casado y lo nuestro estaba destinado a la nada. Por eso fue mejor ese silencio cómplice que dio paso a todos nuestros sueños, donde no existían reglas ni imposibilidades, donde yo me soñaba viviendo contigo frente al mar neozelandés y escuchando tu guitarra por las tardes.

No era el momento, simplemente. Nunca ha sido el momento para mí. Pero aquel instante en que me fuiste a decir adiós será mío para siempre.

No aguantaste más y dijiste: *I'll miss you a lot*. Mi cuerpo entero se estremeció cuando me abrazaste y mi

sangre supo que justo así comenzaba la ejecución de mi inapelable sentencia.

Tuve que conformarme un beso en la mejilla para decir: *I'll miss you too Lucas!*

Dicho esto, caminé como zombi hacia mi destino nebuloso, pero mirándome con una sonrisa te quedaste de pie en el viento que jugaba en tu cuerpo, como burlándose de mí y haciéndome saber una verdad difícil de descifrar... Mis esperanzas se fueron desvaneciendo con cada paso que daba hacia el futuro sin ti.

NO TENGO NOCHES SIN PENSAR EN TI

Estaba pololeando con el guardia de un banco que conocí un día lluvioso “wellingtoniano”. Tenía que sacar una cuenta de estudiante para funcionar. Llevaba apenas tres meses en la ciudad cuando lo vi erguido como una estatua de mármol en la entrada de aquel lugar. Me recibió con el ceño fruncido, como sabiendo que de alguna forma yo buscaría refugio bajo su percha de dios griego.

No me di cuenta cómo nuestros cuerpos se atrajeron y comenzamos a hablar, tampoco pasó mucho para que intercambiáramos whatsapp, luego una cita y un beso en la playa. Se hizo fácil desembarcar en ese puerto que me pareció un oasis después de años de soltería. Todo esto me empezó a gustar, pues en Chile no me había ocurrido jamás.

Tenía dos trabajos y estudiaba inglés en la Universidad, pero Russel, un tipo de todo mi gusto y un poco menor, quería compartir sus días conmigo.

Tengo que mostrarte los lugares mágicos de Wellington, esos que nadie te mostrará... me dijiste

Y tuviste razón, los rayos de sol en la bahía no hubiesen sido iguales sin tenerte a mi lado. Hasta ese momento el pololeo fue correcto, fuerte, esperado y merecido...

Russel era neozelandés y yo me despertaba pensando en que cualquier noche me podía dejar, ya que

era raro que alguien no se percatara de sus ojos celestes y risueños. No faltaría algún perro transeúnte de mejor raza y pelaje que lo supiera conquistar.

Pero no, cada día que pasaba su cariño aumentaba por mí y el mío por él. Todo iba perfecto, tan perfecto como mi miedo por perderlo, ¿me estaba pasando esto a mí?

“Es pura inseguridad”, me autoreprendía constantemente...

Hacer el amor con él era como ingresar en una sala de masajes, bien relajante, como escuchar una balada romántica a medianoche o ser prisionero de una escena erótica bien hecha. Todo funcionaba con él y yo creía que nada podría salir mal.

¿Quizás llegue a casarme?, que tonto soy...

Pero mi corazón libertario no se quedaría quieto, mi auto boicot comenzaría en cualquier momento y no me equivoqué. Sobre todo, el día que me encontré frente a frente con los ojos de Lucas, con los de él, claro... y los de su esposo.

NOSOTROS SOMOS UN AMOR EN FUGA, EN EQUILIBRIO POR EL FILO DE LAS CULPAS

Fue un día que mi multicultural grupo de compañeros de universidad me invitó a una fiesta a orillas del mar. Sería perfecto para conversar y practicar mi inglés con personas de todas partes del mundo. Aunque más que eso fue el momento para que los brindis se multiplicaran y cayéramos en una especie de trance internacional—en la playa con luces colgantes que se confundían con las estrellas del mar austral.

La invitación a sacarse los zapatos me llevó por un sendero de pies de todos los colores y tamaños que trataba de esquivar.

Medio borracho y feliz, el espíritu adolescente que se resiste a morir en mí me llevó directo a la barra del lugar. Mirando la arena para no caer, lo primero que vi de Lucas fueron sus pies grandes.

Me llamaron la atención porque estaban pegados a un cuerpo bien formado y peludo, piernas gruesas, pecho amplio y barba tupida. Un hombre alto, pero muy distinto a lo que había visto por esos lados. Claramente no era anglosajón, era brasileño.

Más llamaste mi atención cuando casi me caigo y me detuviste sólo con una de tus manos, mientras te reías con tu esposo que luego me presentaste: Un gringo llamado Gregory.

Greg y tú se mostraron evidentemente interesados en saber de cuál país estaba siendo representante. Entre japoneses, franceses y alemanes, también debí parecer algo exótico. Aunque no más original que ellos.

Algo me decía que no eran la típica pareja que uno se encuentra en una fiesta millennial del fin del mundo. Lucas y Greg fueron directo al grano: “Te hemos visto desde que llegamos y nos morimos de ganas de darte un beso”.

- ¿cómo, uno o dos?, pregunté.
- Uno cada uno...

Reaccioné con una risa nerviosa, pero respondí con un coqueteo algo pastoso, cuando me di cuenta de que estaba entre dos hombres muy guapos y no era yo Santa Teresa como para sentirme insolentado.

En menos de dos segundos me instalé entre ambos para sentir unos besos que empezarían como un juego, pero terminarían en algo muy serio, cuando no pude contener lo que pensaba entre tan osada idea.

- Lucas, algo me dice que eres latino...
- ¿Qué te hace pensar eso?
- Tu forma de besar y abrazar...
- ¿En serio?
- Sí, realmente creo que vi la luz...

Lucas sonrió sin parar de besarme, mientras la pasión desbocada de sus besos me hizo olvidar que tenía a Greg lamiendo mi cuello y abrazándome por la cintura, mientras el brasileño desplegaba sus mejores ataques de caricias, dando paso a una química que conmigo fue pura electricidad.

Lo increíble no fue eso, sino que terminé en la casa de esta pareja gringo-brasileña siendo el protagonista de un trío sin culpa que me dejó durmiendo abrazado a ambos durante esa noche donde no sólo los faroles de la fiesta playera parecieron confundirse con el paisaje.

YO NO CREÍ PERDER ASÍ LA CABEZA POR ÉL

Nunca he sido un buen mentiroso, porque si mi boca no lo dice, mi cuerpo lo manifiesta de múltiples maneras.

¿cómo era posible que haya traicionado al mejor pololo que he tenido en años?, ¿con qué cara y moral me creería ahora dueño de los ojos celestes de Russel?.

Como sabiendo que algo pasaba, mi guardia personal me llamó temprano para saber dónde estaba desayunando. Le dije que en casa de mi amiga y compañera de clases colombiana que él ya había conocido cuando se le ocurría ir a buscarme a la Universidad.

Pero lo cierto es que el desayuno fue mucho más que eso. Greg trabajaba temprano y nos dejó solos con Lucas, quien era barista de un café por las tardes. Pero aquella mañana se convertiría en una especie de *samies* para mí.

Con Lucas quedamos solos y amándonos una vez más. Esto pareció importarle a su esposo, que se fue corriendo a su trabajo.

Fue una mezcla de sensaciones las que parecieron despertar mi cuerpo dormido por siglos. Nunca había sentido tal química y física. Encontré esa otra mitad que dicen existe en algún lugar del mundo para cada ser humano.

Decidí ser infiel y encontrar horarios para juntarme con este hombre que con sólo mirarme me tenía derretido a sus pies.

¿Es posible que te guste más de una persona?

Encontramos momentos y puestas de sol para vernos, fiestas universitarias y amistades en común que de alguna forma querían vernos juntos fueron nuestros cómplices. Yo entendía que esto no podía continuar, no sólo por Russel o Greg. ¿Qué futuro va a tener una relación así?

Una tarde cualquiera me encontraba en la casa de Lucas compenetrados en besos eternos, de esos que nos dimos en todos los parques de Wellington y en cada rincón donde no nos vieran y nos pudieran juzgar.

De improviso llegó su esposo, quien al ver mi cara de sorpresa sonrió y acercándose a mí muy amablemente decidió ponerle nombre a lo que nos estaba pasando.

- ¿Te gustaría tener una relación con nosotros?... me preguntó

Un poliamor con todas sus letras era lo que me estaba ofreciendo Greg, quien tenía muy claro lo que estaba pasando. Él quería a Lucas, Lucas lo quería a él, pero disfrutaba de estar conmigo, mientras yo no sabía si quedarme con la pasión visceral que estaba experimentando o el correcto y amoroso pololeo que aún ostentaba con Russel. Literalmente estoy perdiendo la cabeza.

BUSCANDO EN OTRA PIEL NO ENCUENTRO RAZÓN, SIN NO ES CONTIGO NO PUEDE SER AMOR

Cuando caí en cuenta que toda la ciudad me había visto besándome por los rincones con alguien que no era mi pololo, Russel se acercó para preguntarme lo que estaba pasando y la veracidad de lo que había llegado como bombas a sus oídos, personas que sin duda no podían aguantar verme siendo amante, pololo y prostituto a la vez.

No pude mentirle a Russel, para mí era un ángel caído del cielo que vino a llenar mis días de esperanza cuando ya nada de eso quedaba en mi corazón. Al escuchar mi confirmación de lo que acontecía miró su reloj y luego dio un paso hacia atrás.

Me miró de arriba hacia abajo y viceversa, pareció botar aire por la nariz y cuando yo esperaba que me diera un combo me aseguró:

- No voy a dejarte ir, quiero ser parte de tu vida y ningún brasileño caliente me quitará de tu lado.

Luego aseguró que necesitaba pensar un poco, pero quería verme de nuevo en algún lugar de la ciudad.

No supe que decir, dejar todo por un poliamor o quedarme protegido por Russel. Su reacción no estaba en mis planes, menos que tomara una actitud de reconquista, porque en realidad nunca me había dejado de gustar.

Me sentí muy mal esperando buses por la ciudad para volver a casa, sin saber lo que estaba sucediendo y me pregunté: ¿debía juntarme con Lucas?, ¿aceptar la propuesta de Greg?, ¿a quién quería realmente? O ¿debía dejar en el fondo del tacho de basura mi podrida vida amorosa?

Russel me citó a las 8 de la noche en un restaurant de la ciudad, el mismo donde fuimos en nuestra primera cita. “Ven arreglado”, me dijo, “será una noche muy especial”.

Lo menos que podía hacer era acudir a ese encuentro. Por ello me vestí con mi mejor camisa para llegar al negocio tailandés donde mi emocionalidad pendía de un hilo. Me recibió una chica de ascendencia china muy

sonriente, quien parecía saber lo que estaba por ocurrir, le dije mi nombre y aclaró de inmediato “ah, sí lo están esperando”.

Caminé unos metros hasta la mesa donde me esperaba Russel, pero al llegar me doy cuenta de que no sólo me esperaba él. Greg y Lucas lo acompañaban como grandes amigos y ninguno parecía enojado o particularmente nervioso.

Desconcertado, me senté entre los tres colores que lucían en aquel comedor. Un rubio estadounidense, un colorín kiwi y el moreno espectacular llamado Lucas.

Fue el mismo Russel que apenas me vio sentado se adelantó y dijo:

“Lo hemos conversado bien y creemos que todos deberíamos tener un poliamor, mientras tú estés en este país sentimos que nadie quiere perder tu cariño”.

Esto sobrepasó todos los límites, ¿por qué había que ponerle nombre?, ¿era eso lo que realmente querían?

No dije nada, me levanté y me fui, quizás era yo muy tercermundista y ellos muy avanzados. Pero, lo cierto es que aún me cuestiono qué hubiese pasado de decir que sí.

Pasé noches echando de menos los besos de cada uno, pero en especial de Lucas, ¿Acaso era mentira lo que percibí de cada una de sus caricias y abrazos?, ¿no fue

real cada explosión que tuvimos cuando hicimos el amor?, ¿será que sólo lo quería para mí?

El día que me fui de Wellington le informé que estaría unos minutos cerca de las 13 horas contemplando la bahía en la costanera de Wellington. Desde aquel puerto donde llegaban los barcos mercantes y los cruceros, por un momento sentí estar en un Valparaíso muy limpio y ordenado.

No sabía si llegarías, pero fueron casi segundos cuando tu mano en mi hombro llegó para hacerme dar la vuelta y verte sonreír con tu divino esplendor. Mejor no digas nada y déjame disfrutar de esto que parece un sueño.

Tania Calcagno

I

Si esto no es querer entonces dime tú lo que será

Frecuentaba vagar por cada lugar de aquí, sin buscar nada en específico, pero sabiendo, inconscientemente, que buscaba algo, o, derechamente, a alguien. Todos sabemos que a nuestras vidas llegan muchas personas, pues, si calculáramos todas aquellas que hemos conocido, seguramente serían cientos... Pero, de ellas, ¿cuántas se quedan? ¿Cuántas permanecen? Esa es la cuestión.

A veces pienso que, a propósito, uno frustra sus búsquedas anteriores, hasta que hallas a ese algo o a ese alguien, que se transforma en tu lugar favorito, en ese lugar de ensueño que no quieres abandonar nunca, pensando que es un mundo de ensoñación, pero para suerte nuestra es la realidad. Para mí, es el primer amor, pero yo pienso y siento que el primer amor no es ese que se ordena en primer lugar, sino que es más profundo, es ese que sale de las entrañas y brota por tus poros.

Cuando se trata del primer amor, uno pasa por varias etapas. Pero yo, un ser humano que siente fuertemente con el músculo que bombea sangre, imagino que, aquel líquido rojo atraviesa mis venas con más intensidad, al escuchar de su boca cada “te amo, mi amor”.

Así, de esta forma, me desnudó, pero no hablo de los accesorios que me visten, hablo de que me sacó los miedos, me desvistió de la tristeza que calzaba antes de conocerle; me despojó de los traumas, de mis inseguridades. Quedé como un felino recién nacido, hasta que volvió a vestirme, pero a vestirme con una seda que abunda en amor y en felicidad, me purificó el alma. De ese desnudo hablo, cuando me refiero al primer amor. De ese desnudo hablo, cuando me besó por primera vez.

*Si esto no es querer,
entonces dime tú lo que será
Si necesito de tus besos,
Pa´ que pueda respirar...*

Tú de qué vas - Franco de Vita, Carlos Rivera

II

No hace falta ver sus alas

Siempre he pensado que los ángeles pueden manifestarse a través de las personas. Creo que lo corroboré, dado que, al mirar sus bellos ojos, me perdí en la inmensidad de un cielo que jamás había habitado. ¿Será que estoy soñando? ¿Será que el amor de mi vida llegó? Afirmativamente.

Así, entre la inmensidad de sus ojos que me remiten al cielo, y su sonrisa que me transporta al infinito, comprendí que la vida me ponía sobre la mesa, una oportunidad para entregarme al universo. Sí, al universo, porque entre sus brazos, se hallaba el mejor lugar para estar, la mejor contención para esta alma tan sufrida y maltratada por la misma vida, que hoy se dio vuelta la chaqueta, para, por fin, sonreírme.

Recuerdo la primera vez que vi su sonrisa. Era tan hermosa, que, en un segundo, viajé y volví mil veces en mí. Pareciera que mi cuerpo se desbordaba, dada la necesidad de estar a un centímetro de aquella curva que endereza mi camino y me hace sentir como si yo, verdaderamente, hubiese nacido para amar aquellas perfecciones que componen su misma composición; amarle como si en realidad no hiciera falta ver sus alas, para estar en conocimiento que me hará volar, como una mariposa o un ángel que ilumina la oscuridad.

*No hace falta ver sus alas pa' creer
Que es el ángel que Dios me mandó
Pa' que me cuidara...*
El Vega – Te encontré

III

Cuando tú me miras, yo te miro y me muero

Las palabras muchas veces pueden ayudarnos a expresar lo que sentimos, obviamente. Sin embargo, cuando observé aquellos caramelos color marrón, entendí que ni todos los diccionarios del mundo podían expresar lo que siento, ni tampoco puedo expresar cómo mi frecuencia cardiaca aumenta, insaciablemente, al ver aquellas capturas momentáneas que me envía o cuando, por llamada, verbaliza que me ama y que yo, una persona tan normal, se convirtió en quien quiere para toda la vida.

Aún recuerdo la primera fotografía que me envió, sí, recuerdo aquellas facciones perfectas, como la que realzan sus bellos labios. Recuerdo, también, la manera

en que me miraba la primera vez que decidimos llamarnos. Yo, tiritaba, mi cuerpo se estremeció de un nerviosismo que me hacía sudar las manos. Mi lengua se enredó entre mis dientes, y el paladar y temblaba. ¿Por qué?, me preguntaba yo, ¿por qué mi estómago se estremece, como si fuese a caer de un precipicio? ¿Por qué mi lengua no sabía donde ubicarse? Bueno, yo quisiera ubicarla junta a la suya.

Rápidamente, me fui dando cuenta de que mi vientre contraído se debía a que me gusta. No, no me gusta. Me fascina, me enloquece; me perdí en cada esquina de su cuerpo, con tan solo mirarle por fotografías, me perdí con escuchar que “soy el amor de su vida” y que, por vez primera, tengo un amor correspondido y me ame tanto como yo.

Cuando tú me miras, yo te miro y me muero,

Nadie te quiere como yo te quiero...

Por fin te encontré- Cali y Dandee

IV

Dime

Dime, cómo fue que se adueñó de todo, incluso de este artefacto que me hace vivir; el que antes era mi corazón, pero que ahora solo le pertenece. Sí, bombea, vibra y siente, tan solo por una persona, pues aquella que vive dentro de este músculo inagotable, que solo zapatea cada vez más.

Dime, por favor, ¿me hice adicta a tí? Es que cómo no, si con tan solo imaginarme junto a ti, mi piel comienza a erizarse, como si fuese una gallina. Cómo no, si mis pupilas verdosas se dilatan, al mirar aquellas estrellas que otros llaman ojos. Dime, tú, por favor, como no enamorarme si tienes los ojos más bellos que jamás nadie imaginó, menos yo.

Dime, tú, que vagas, día y noche, en mí revoltosa cabeza, que hasta de mis pensamientos te adueñaste, y sin otra salida, que enamorarme diariamente de quien me hizo creer que los cuentos pueden existir en la realidad. ¿Cómo que los cuentos de hadas cobran sentido? ¿Que la realeza puede existir?

Tú, mi persona favorita, llegaste a contar nuestro cuento de hadas, a llenar de magia este sócalo vacío antes de ti. A plagar de amor cada muralla que compone mi organismo. Tú, definitivamente tú, llegaste a inundar lo que antes escaseaba: amor.

Dime, cómo lo hiciste para entrar en mí,

Porque yo solo pienso en ti (...)

Estás en mi cabeza...

Pienso en ti - Lúa

V

Cuando brille el sol, brillaremos juntos

Meses han pasado desde nuestra primera vez. De ese desnudo de miedos, de ese sin ropa tenebrosa que nos vestía y calzaba. Hoy, nos viste la fortaleza, nos viste el amor y nos abraza la fuerza que nos permite seguir adelante.

La distancia, realmente, nos impide únicamente en estrechar nuestros labios en uno, en vincular nuestros cuerpos y fundirme en aquellos brazos que hoy llamo hogar. Hogar, para mí, es donde quiero permanecer, donde me siento a la perfección y, obviamente, sin miedos a mostrarme cómo soy y quién soy. Mi nuevo hogar se ubica ahí y se mueve junto con su respiración.

Lo increíble, lo verdaderamente sorprendente, es que a pesar de nunca haber presenciado en persona su

belleza espeluznante, sé que quiero permanecer, sé que de esos rincones habitarán mis vacíos, si lo hacen desde ya. Conozco, me conozco, y reconozco que, desde aquellos días de invierno, mis tormentas comenzaron a florecer; mis demonios se angelizaron y hoy, hoy trasciendo con la presencia de su amor, de su fortaleza y de sus abrazos que viajan los cientos de kilómetros que nos separa.

Cada día que pasa, es un día menos para aventarme sobre quien olvidó mis incertidumbres y lo transformó todo en estabilidad.

t's raining

Ooh, baby, it's raining

You can always come here to me

Come here to me

Ember Island - Umbrella

Nicolás Pontigo

No vuelvas más

Está bien, me equivoqué. yo pensaba que podía soportar jugar con ese fuego sin quemarme y está bien, me equivoqué muchas veces más porque pensé que como ya era menos joven esas cosas no debían afectarme. Pero no, no fue así, pues el tiempo no me ayudó y fui el mismo adolescente cuando igual le decía que sí a tus besos, a tus labios que me quemaban y se iban.

Pero no, nunca fue así, tratamos de arreglar lo que creemos que está mal, pero no lo que necesita nuestra alma. Y al final el amor se marchita como una rosa en el invierno. En las calles aún percibo ese olor de tu perfume y los recuerdos vienen a mi como si fuera ese adolescente que creía que hacía las cosas bien. Aunque no fue así. No sabemos cómo seguimos de pie con tantos rasguños a nuestro ser sensible que inverna dentro de nosotros. Quizá ayude más pensar con el corazón y sentir con la cabeza. Suena alocado, pero qué es la vida sin descubrimientos alocados.

Hoy solo te pido que no vuelvas más, ni una sola vez. Tú sabes ya: no puedo perder en este juego. Tal vez me costará, pero igual estaré bien.

Amiga

Siempre me preguntabas por qué te hieren y yo te decía que por los que te metes. No son ni un cuarto de lo que te merecías, pero te gustaban los malos, soñabas... Soñabas con ser la dueña del corazón de un hombre, pero esos hombres nunca te correspondían y me preguntabas por qué siempre es lo mismo y yo te decía...

Amiga, yo no te podía explicar por qué a veces la vida es cruel cuando ya no te quieren. Yo no te podía explicar por qué a veces la vida es cruel y ya no queda más que suplicar para olvidar.

Vivía todos los días tratando de olvidar ese lazo tan grande que nos unía del que no me quería soltar. Un dicho muy grande me identifica hasta el día de hoy y te hará sentido si lo piensas, y es que algunos "somos los que se enferman cuando nos abandonan, pero que aman tanto y todo lo perdonan". Por eso te preguntaste por qué siempre es lo mismo y yo solo te digo, amiga, yo no te puedo explicar. A veces la vida es cruel y no hay nada que

hacer cuando ya desaparece esa chispa de cariño entre nosotros, que unía tanto.

Amiga, al final tú eres la dueña del corazón de un hombre. Quizá el que te corresponde o quizá no, pero ya teniéndote tan lejos de un abrazo, pero siempre cerca de mi corazón, solo quiero que esa sonrisa nunca cambie. Pasan y pasan los días y creo que eternamente habrá mucha alegría y mucho dolor.

Mientras recordamos los cimientos de esa amistad, yo le dije: “póngase bonita, deje ese llanto que en todos lados esta la fiesta, ya que allá en la plaza otro amor siempre te estará esperando”.

Prometimos no llorar: Taller de escritura creativa: melodrama
